



## **Barcelona, capital del Mediterráneo** por Ferran Sales.

Mediterráneo, capital Barcelona. Barcelona es desde el pasado mes de marzo- 4 de marzo del 2010- sede de la Secretaría General de la Unión por el Mediterráneo (Up), la institución más importante del sur de Europa que agrupa a países de las dos riberas. La UpM la configuran 43 países, 27 de los cuales son miembros de la Unión Europea y están situados en la ribera norte, mientras que los restantes pertenecen a la orilla sur. A este colectivo se le suma Libia, pero en calidad de observador. La entronización de la Ciudad Condal, como capital del Mediterráneo, tuvo lugar en una corta ceremonia celebrada en la antigua residencia oficial de los reyes de España en Cataluña, el Palacete de Pedralbes, convertida desde esa fecha en sede permanente de la nueva institución a la cabeza de la cual se encuentra el diplomático jordano Ahmad Massadeh, hasta ahora embajador en Bruselas.

Paradójicamente y a pesar de la importancia de la Unión por el Mediterráneo su puesta en marcha tuvo escasa transcendencia. Es cierto que la mayoría de los periódicos españoles le dedicaron aquellos días un lugar destacado en sus portadas y que tres ministros de Exteriores de la región difundieron el mismo día un documento público titulado “Comprometidos por el Mediterráneo”, pero es también cierto que los actos pasaron desapercibidos para la mayor parte de los ciudadanos. El protocolo fue escaso, como corresponde a tiempo de crisis; sólo cuatro ministros de Asuntos Exteriores de los 43 países miembros de la Unión por el Mediterráneo - Bernard Kouchner por Francia, Nasser Judeh por Jordania, Ahmed Aboul Gheit por Egipto y Miguel Angel Moratinos por España a los que se sumó el secretario general de la Liga Árabe Amr Moussa – y un reducido séquito asistieron a la ceremonia.

La singladura de la Unión Europea por el Mediterráneo empezó a prepararse oficialmente hace 15 años, en junio de 1995. Los máximos representantes de los 15 países que integraban entonces la Unión Europea se habían dado cita en Cannes, a caballo entre la convocatoria de 1993 en Maastricht y la de 1997 de Amsterdam, para tomar una serie de acuerdos trascendentales con los que se pretendía dar un impulso vital a las instituciones europeas. En Cannes se acordó acelerar la entrada en vigor de la moneda única y establecer como punto de partida el 1 de enero de 1999. En segundo lugar dar luz verde a los países del Este para que se sumaran a la Unión Europea. Era la consecuencia lógica de la caída del Muro de Berlín de 1989 y de la desmembración de la fenecida Unión Soviética. De esta manera la Unión Europea empezó a prepararse para pasar de 15 a 25 miembros.

Antes de que la reunión de Cannes fuera clausurada el presidente del gobierno español Felipe González y el canciller alemán Helmut Kohl colocaron encima de la mesa un tercer punto; establecimiento de una estrategia global y común de la Unión Europea con los países del sur del Mediterráneo. La iniciativa no era nueva, hacía tiempo que se

venía trabajando en ella, pero si era ambiciosa, porque pretendía crear un marco novedoso de cooperación global con los países del sur, de carácter multilateral, como complemento de los acuerdos y procesos bilaterales, que eran los instrumentos usuales de colaboración y partenariado de la Unión Europea con los Estados del sur del Mediterráneo. El proyecto era tan importante que se acordó lanzarlo en el marco de una reunión especial que con carácter monográfico se celebraría dentro de cinco meses-noviembre de 1995- en Barcelona. En principio la propuesta no era celebrar una Cumbre en el sentido estricto y protocolario de la palabra, sino de convocar un acto más modesto y más fácil de manejar; una Conferencia de Ministros de Asuntos Exteriores de los países europeos y de doce estados del sur del Mediterráneo.

En Cannes, el 27 de junio de 1995, los representantes europeos pactaron las últimas consignas para la cita barcelonesa y se diseñaron los postreros preparativos para que la reunión fuera un éxito. La lectura del acta de la reunión que se celebró en la ciudad francesa reflejó de manera clara aquellos momentos de acción: “se toma nota con satisfacción de la rúbrica del nuevo acuerdo de asociación con Túnez. Pide que los acuerdos con Marruecos e Israel se celebren lo antes posible. Insta por último a que se progrese rápidamente en las negociaciones con Egipto, Jordania y Líbano. Se acoge favorablemente el acercamiento entre Turquía y la Unión Europea”. Gran parte de las consignas y tareas a cumplimentar en las próximas semanas recayeron directamente sobre los hombros de Felipe González, no en vano España, uno de los Estados puentes entre Europa y el mundo árabe, debería asumir tres días después, 1 de julio, por primera vez la presidencia de la Unión Europea. España había ingresado en la Unión Europea junto con Portugal el 1 de enero de 1986, cuando el Partido Socialista estaba a punto de acabar el primer mandato y se preparaba para revalidar el triunfo electoral de 1982.

El espíritu de Cannes, prólogo de la Conferencia de Barcelona, no había surgido por generación espontánea. Las instituciones europeas habían venido mostrando tradicionalmente cierta preocupación por los países del sur del Mediterráneo, pero casi siempre de manera bilateral, en el marco comercial y sin llegar a dibujar una política coherente y global. Por ejemplo en la década de los años 60 la CEE habían acordado establecer lazos de privilegio con algunos países del sur, ex colonias francesas. En los años 80 y principios de los 90 se efectuaron también esfuerzos hacia la ribera sur; en 1989 había nacido la Iniciativa 5+5 con España, Italia, Francia, Portugal y Malta por un lado y los países de la Unión del Magreb Árabe -Argelia, Marruecos, Túnez, Libia y Mauritania- por otro. Pero no fue si no después de la caída del Muro de Berlín, que Europa tomó conciencia de los desequilibrios existentes con el sur; el sur del Mediterráneo empezaba a preocupar. La Unión Europea planteó en reiteradas ocasiones esta preocupación y prueba de ello es que el tema de las relaciones globales con los Estados del sur del Mediterráneo apareció en las reuniones del Consejo Europeo de Lisboa, de 1992, en la de Corfú en junio del 94, pero sobre todo se debatió en la reunión celebrada en diciembre de 1994 en la localidad alemana de Essen en la que se tomó el acuerdo de celebrar una conferencia especial y exclusiva sobre el tema en Barcelona. Pero no sería hasta la reunión de Cannes de 1994, que la Conferencia de Barcelona no tomaría cuerpo, poniéndose sobre el papel el proyecto, dotándole de contenido económico y político y apuntalándolo con un presupuesto.

## El sur del Mediterráneo en los 90

El sur del Mediterráneo es sobre el mapa una larga línea que va desde Roso, la punta más septentrional de Mauritania al puerto de Latakia al norte de Siria, pero a mediados de la década de los años 90 era también un mundo en convulsión, en el que confluían grandes temores y grandes esperanzas. Algunos países árabes con tradición autoritaria, prácticamente dictatorial, estaban haciendo esfuerzos por engancharse al carro del desarrollo, aunque ello supusiera comprometerse con aperturas democráticas. Otros estaban sumidos en una espiral de terror y de violencia, mientras aparecían los primeros síntomas de lo que se conocería más tarde como la “marea islamista”. La situación preocupaba a Europa, pero especialmente a los países ribereños del norte del Mediterráneo, entre ellos España, Italia y Francia.

Marruecos encabezaba, por aquellos años, aquel grupo reducido de países en los que se habían detectado señales de esperanza. El rey Hassan II había decidido poner fin a uno de los periodos más negros y sangrantes de su historia, “los años de plomo”, abrir las puertas de las prisiones, indultar y amnistiar reclusos, entre ellos a Abraham Serfaty- el preso más antiguo del mundo- y tratar de poner en pie instituciones constitucionales y democráticas. En el otro extremo del Mediterráneo también se vislumbraba un proceso esperanzador; Israel y la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) acababan de firmar en la Casa Blanca los Acuerdos de Oslo- 13 de septiembre de 1993- por el que se habían comprometido a poner en marcha un proceso de paz, que debería desembocar en la proclamación del Estado de Palestina. Por aquellas fechas los palestinos habían empezado a trabajar en la creación de instituciones- Autoridad Nacional Palestina- bajo el impulso de Yasir Arafat quien el 1 de julio de 1994 había vuelto a su tierra, poniendo fin a 27 años de exilio. Por otra parte los israelíes habían empezado una retirada paulatina de los territorios ocupados, de acuerdo con el plan previsto.

El contrapunto de estos procesos de apertura y momentos de optimismo lo constituía Argelia. Desde 1991 se encontraba sumida en una guerra civil, después de que fracasara un intento por democratizar la vida del país, acabar con el monopolio del partido único Frente de Liberación Nacional que había controlado durante décadas la vida del país. El ensayo electoral había abierto las puertas a los movimientos islamistas, convertidos en los grandes triunfadores de las elecciones locales y de las legislativas, pero antes de que finalizara el proceso electoral y que se celebrara la segunda vuelta de los comicios, se había producido un golpe de Estado. La situación era desde entonces confusa y difícil de diagnosticar; la lucha armada de los radicales islamistas indignados por la interrupción del proceso democrático, confluía con la guerra sucia de los aparatos del Estado, la represión ciega y las operaciones policiales y del ejército. Argelia a la mitad de la década de los años 90 preocupaba a los europeos, no sólo desde el punto de vista humanitario, sino también desde el punto de vista económico. Argelia estaba a punto de convertirse en el gran vendedor de gas a Europa, gracias al gasoducto Argelia-Marruecos-Europa, que se estaba construyendo a partir de los yacimientos de Hasi Rmel, en el corazón del Sahara, que cruzaría el norte de Marruecos, para desembocar en la provincia de Cádiz, en España.

A medio camino entre las esperanzas originadas por la apertura democrática de Marruecos, el proceso de paz de Israel- Palestina y la situación inquietante de Argelia, se encontraban el resto de los Estados del sur del Mediterráneo. En términos generales los países del sur vivían una aparente bonanza política, después de la conmoción y la resaca que en sus respectivas sociedades había provocado la Guerra de El Golfo. La

intervención militar de la comunidad internacional, capitaneada por Estados Unidos en Irak -16 de enero al 28 de febrero de 1991- había crispado y movilizado a la ciudadanía árabe, que protestaba contra Estados Unidos, pero también contra sus respectivos gobiernos, muchos de los cuales habían decidido enviar fuerzas a la coalición. Los movimientos de protestas en los países árabes estuvieron liderados por los islamistas, ayudando a cohesionar una conciencia nacional-religiosa, después aupada por la cadena de televisión qatari Aljazeera que comenzaría a emitir a partir del 1 de noviembre de 1996. Todo ello empezó a constituir una amenaza a los frentes nacionalistas laicos, incrustados en el poder desde hacía años en países como Siria, Argelia, Túnez o, Palestina.

El diagnóstico más fidedigno de lo que pasaba en la década de los años 90 en el sur del Mediterráneo queda reflejado sobre todo en cifras; la renta per cápita en los países del norte del Mediterráneo era en términos globales 14 veces mayor que la de los países de la ribera sur. La diferencia entre un lado y otro de la frontera del Mediterráneo, era abismal, mucho más que la diferencia existente entre un lado y otro de otra frontera espectacular, la existente entre Estados Unidos y México, donde la diferencia era sólo de 1 a 6. Pero había más datos y cifras que provocaban preocupación; la explosión demográfica. Mientras la población en Europa envejecía la del sur del Mediterráneo, disminuía, hasta el punto de que el 70% de la población contaba menos de 30 años. Los índices de analfabetismo en el sur también eran alarmantes ya que alcanzaban al 60% de la población y se incrementaban especialmente en las zonas rurales y si los encuestados eran mujeres. Con la escolarización pasaba lo mismo; sólo el 40% de los niños estaban escolarizados. La esperanza de vida en el norte era de 76 años, mientras que en el sur era por aquella época 68 años. La tasa de natalidad era de 1,6 por parte europea, frente a la de 3,8 por parte de los países del sur. Pero sin lugar a dudas uno de los datos reveladores del subdesarrollo del sur lo ofrecía la tasa de mortandad infantil, 38 cada 1.000 niños, mientras que en el norte era 7. Libia, Egipto, Marruecos, Argelia y Turquía superaban el cifra de 50 niños muertos por cada 1.000 nacidos.

Examinados de cerca algunos de estos Estados los síntomas eran trágicos. En Marruecos se contabilizaban por aquella época 4 millones de personas viviendo en chabolas, había entre 600.000 y 800.000 niños trabajadores y unos 3 millones de pobres de solemnidad entre una población que rozaba ya los 27 millones de habitantes. La esperanza de vida de Marruecos era una de las más bajas del sur del Mediterráneo, 63 años, sólo superada por Egipto donde la media era de 62. La falta de empleo y de perspectivas de futuro era tan grandes, que a principios de la década de los años 90 se empezaron a registrar las primeras oleadas migratorias hacia el norte. En muchos casos eran inmigrantes sin papeles que cruzaban el Mediterráneo con la esperanza de encontrar empleo en el mercado clandestino de España o Italia.

## La elección de Barcelona

¿Por qué razón los líderes europeos habían escogido precisamente Barcelona para que fuera el epicentro de la nueva política mediterránea?. La capital catalana era ya a principios de la década de los años 90, la ciudad faro del milagro español. La celebración de las Olimpiadas en 1992, le había servido de excusa para renovar y reformar la ciudad, proyectando su imagen en todo el mundo. Barcelona era además para el presidente del gobierno español Felipe González la mejor baza que tenía en la mano para revalidar el triunfo en las elecciones legislativas de 1996. El PSOE calculaba

que una victoria electoral en Cataluña, era decisiva ya que así se podrían enjuagar los déficits y las erosiones provocadas por la guerra sucia contra ETA- los Gal- la corrupción, en definitiva el desgaste ocasionado por 14 años en el poder y las cuatro victorias electorales; 1982, 86,89 y 93. Una victoria absoluta en Cataluña suponía para Felipe González continuar en el poder derrotando de nuevo al PP. Había por ello que jugar fuerte a favor de la candidatura de Barcelona, para poder recoger después los réditos electorales.

Pero en la elección de Barcelona, como sede de la reunión de ministros de exteriores del Mediterráneo no sólo había cálculos electoralistas, también había un gesto de reconocimiento a la diplomacia catalana. El presidente de la Generalitat Jordi Pujol se había convertido desde hacia tiempo en un experto mediador entre España y los países árabes especialmente con los del Magreb. Su capacidad por tender puentes entre un lado y otro del Mediterráneo era tanta, que en numerosas ocasiones el propio Felipe González había pedido a Jordi Pujol su ayuda para acercarse al Magreb. En otra ocasión el presidente del Gobierno Español reclamó la solidaridad del presidente de la Generalitat para hacer entender a los empresarios españoles algunas de las medidas que se adoptaban a favor de los países árabes- especialmente las referentes a la industria del tomate- y en detrimento de las nacionales.

La influencia y el prestigio de Jordi Pujol en determinados países árabes eran tal que cuando a principios de la década de los 90 viajó a Rabat para inaugurar varias empresas agrícolas impulsadas en Kenitra por empresarios catalanes, el Gobierno de Marruecos le dispensó honores de Primer Ministro, aún sabiendo muy bien que se trataba de un presidente de una comunidad autonómica. A pesar de que en aquella época las relaciones entre España y Marruecos eran muy tensas, como consecuencia de la decisión del gobierno de Madrid de conceder los estatutos de autonomía a Ceuta y Melilla, el rey Hassan II recibió a Pujol en el palacio real de Skhirat. Jordi Pujol no sólo supo capear la tempestad política surgida entre Marruecos y España, sino que además se convirtió a partir de aquel momento en uno de los interlocutores españoles más efectivos ante el Palacio de Rabat. Hassan II no dudo en entronizar a Pujol como un “amigo”, otorgarle para siempre honores de Primer Ministro y concederle una audiencia que duró cerca de una hora, 30 minutos más que los que en una ocasión anterior le había concedido al presidente del gobierno español Felipe González(1).

El presidente Jordi Pujol era muy consciente de la necesidad de establecer relaciones estrechas y de cooperación con los países árabes el sur del Mediterráneo. En 1989 había puesto en pie un centro de estudios en Barcelona para que sirviera de puente entre Cataluña y el sur Mediterráneo; el Institut Català de la Mediterrània, más tarde Institut Europeu de la Mediterrània (IEMed). Su primer presidente, el escritor y periodista Baltasar Porcel quien permaneció en el cargo hasta el año 2.000, hizo del Institut una organización de reflexión cultural, que permitió consolidar los vínculos que había establecido el presidente de la Generalitat con los Estados de la ribera sur. Aunque el Institut trabajó siempre a remolque de las iniciativas de la Generalitat y de los empresarios, pronto se logró convertirse en un instrumento imprescindible con el que sellar y certificar las relaciones entre Barcelona y Rabat, con Túnez o Argelia (2).

Barcelona era pues la ciudad idónea desde la que la Unión Europea debía lanzar su nuevo proyecto de partenariado con los países del sur del Mediterráneo. No había ninguna otra población en la región, salvo Marsella, con tantos méritos y tan buena imagen internacional, como la capital catalana. Barcelona empezó una carrera en solitario para convertirse en la capital del Mediterráneo, consciente de que iba a ser un proceso largo y difícil.

## La Conferencia de 1995

Lunes 27 de noviembre de 1995. Bajo la presidencia del ministro de Asuntos Exteriores español Javier Solana se inauguró la primera conferencia Euromediterránea, más conocida como Euromed o Proceso de Barcelona. En una de las salas del Palacio de Pedralbes se había dispuesto una gran mesa oval en torno a la cual se habían colocado 35 sillones; 15 para los ministros de Asuntos Exteriores Europeos, 12 para los de los países mediterráneos - Argelia, la Autoridad Palestina, Chipre, Egipto, Israel, Jordania, Líbano, Malta, Marruecos, Siria, Túnez, Turquía, Liga Árabe, Unión del Magreb Árabe y Mauritania - a los que se sumaron representantes del Parlamento Europeo, del Consejo y de la Comisión europea.

Los responsables de seguridad habían tomado todo tipo de precauciones para evitar incidentes. Los cordones policiales se superponían alrededor de los hoteles Juan Carlos I, donde desde el sábado anterior habían empezado a llegar los emisarios, y en el entorno del Princesa Sofía, que alojaba el gran centro de prensa. Los controles policiales eran especialmente rígidos en los alrededores del Palacete de Pedralbes, pero también era posible toparse con ellos en cualquier punto de la ciudad, de hecho se habían convocado diversas manifestaciones de grupos radicales. La gran sala escenario de la conferencia tampoco se escapó a estos cuidados; los encargados de protocolo a pesar de todas las esperanzas tuvieron la precaución de situar al representante de Israel- el ministro de Exteriores Ehud Barak- en un lugar estratégico, emparedado entre Italia e Irlanda, a considerable distancia del presidente palestino Yasir Arafat y del representante sirio Faruk Al Charaa, que se encontraba en la otra punta de la mesa.

Las primeras escaramuzas dialécticas, tras los discursos de rigor del rey Juan Carlos, enfrentaron a sirios e israelíes, para proyectarse sobre otras delegaciones, en especial la de Marruecos, Egipto y la palestina. Se discutieron básicamente tres puntos; el control de las armas nucleares, la definición de terrorismo y la obligación de “readmisión” de los emigrantes clandestinos por parte de los países originarios. Los debates fueron muy tensos. Israel se negaba a que en la declaración hubiera ninguna referencia al control del armamento nuclear, Marruecos era reacio a reconocer la obligación de “readmisión” de los inmigrantes ilegales, y todos fueron incapaces de consensuar una definición que permitiera diferenciar entre movimientos armados de liberación y acciones terroristas para establecer una estrategia común para luchar contra el terrorismo global. Pero a pesar de las diferencias en Barcelona hubo acuerdo y los 27 ministros de Exteriores firmaron una declaración conjunta.

La Declaración de Barcelona, un texto de 11 folios y de 4.142 palabras, se convirtió finalmente el 28 de noviembre de 1995 en la carta de navegación de la Unión Europea en su singladura por el Mediterráneo. El objetivo principal del proceso quedaba resumido en los primeros párrafos del comunicado final, en el que los representantes se comprometían a crear una asociación global mediterránea, con el fin de convertir la zona en un espacio de paz, estabilidad y prosperidad, intensificando el diálogo político sobre seguridad, e instaurando una asociación económica y financiera, así como una asociación cultural y humana.

El triple objetivo- paz y seguridad, desarrollo económico y entendimiento cultural- configuraba las “tres cestas” que caracterizan el proyecto. Pero una de las características principales de la Declaración, que la diferenciaba de los tradicionales convenios comerciales que hasta entonces se habían estado firmando con el sur, es que en Barcelona se hacía además una larga referencia a la necesidad de respetar y fomentar

los Derechos Humanos, la democracia, el Estado de Derecho, lo que implicaba un compromiso de impulsar las libertades fundamentales, incluida las libertades de asociación, expresión y conciencia, un verdadero reto para algunos de los países firmantes. La declaración de intenciones del Proceso de Barcelona, iba acompañada de una serie de instrumentos económicos, el más importante de los cuales fue el Programa Meda, al que se le consignó una presupuesto inicial de 4.685 millones de euros, destinado a financiar los proyectos que sirvieran para potenciar los objetivos de la carta. A modo de conclusión, el paradigma del Proceso de Barcelona era conseguir la prosperidad económica, la estabilidad política y la democratización de los diferentes Estados y sociedades que configuran la región mediterránea, acortando diferencias y asimetrías, a base de garantizar la economía y el libre comercio. El incremento del nivel de vida de los países del sur del Mediterráneo iba a traducirse, en opinión de los firmantes de la Declaración de Barcelona, en prosperidad, paz, democracia y seguridad para toda la región. Nunca una conferencia ministerial de la Unión Europea había suscitado tantas expectativas.

#### Diez años después; Barcelona 2005

El 27 y 28 de noviembre del 2005, diez años después de la Conferencia de Barcelona, se convocó en el Palacio de los Congresos del Forum, una Cumbre de jefes de Estado de las dos riberas del Mediterráneo. La cita había sido proyectada y anunciada públicamente por el PSOE durante la campaña electoral de las elecciones legislativas de marzo del 2004 como una fórmula imprescindible que permitiera revitalizar y dar visibilidad al Proceso de Barcelona, que en los últimos años venía languideciendo. El compromiso electoral del PSOE, aunque no era una de las prioridades del gobierno, fue ratificado por Miguel Ángel Moratinos, en el transcurso de una conferencia que sobre la “nueva política Exterior de España”, pronunció en el Real Instituto El Cano, poco antes de que fuera nombrado Ministro de Asuntos Exteriores en el primer gobierno del presidente José Luis Rodríguez Zapatero (3).

Una Cumbre de aquellas características suponía un riesgo, pero significaba un salto cualitativo en la política mediterránea de la Unión Europea, ya que hasta entonces los debates políticos sobre el Proceso de Barcelona venían siendo decididos en el marco de Conferencias Ministeriales- Malta 1997, Stuttgart 1999, Marsella 2000, Valencia 2002, Nápoles 2003 y Luxemburgo 2005- y nunca antes en la historia moderna de Europa se había celebrado una reunión de Jefes de Estado de la cuenca del Mediterráneo. A pesar de que había habido cumbres europeas con los países africanos o los latinoamericanos, nunca se habían organizado cumbres con los países del Mediterráneo.

La Cumbre de Jefes de Gobierno del Mediterráneo reunió a 38 Estados, de los que 25 eran los miembros de la Unión Europea, 3 eran aspirantes, 8 fueron países árabes, más Israel y Turquía, al final de la cual se difundió una Declaración de la Presidencia que incluía un Código de Conducta de lucha anti-terrorista. Pero a pesar de todos estos elementos el balance final de la reunión es que esta había fracasado, o cuanto menos “agridulce” porque no se había las expectativas que su convocatoria había suscitado, y desde luego no se había revalidado el éxito y la euforia que había provocado diez años atrás la Conferencia de Barcelona.

La Cumbre del Mediterráneo del 2005 en Barcelona falló en tres aspectos; ausencias importantes de delegados, no se logró consensuar un comunicado final y los balances de lo que hasta entonces se había hecho en el Mediterráneo fueron más bien escasos y

exiguos, a pesar de que durante aquellos diez años la Unión Europea se había gastado en la operación unos 20.000 millones de euros.

La mayoría de los Estados árabes- Marruecos, Jordania, Egipto, Siria y Argelia- e Israel enviaron por razones diversas a los “números dos” lo que en algún momento dio la sensación de que se había decretado un boicót contra la reunión. Las discusiones sobre definición de terrorismo, imprescindible para redactar un Código de Conducta para la Lucha Antiterrorista, enfrentó a los diferentes Estados entre sí, lo que impidió llegar a un pacto en el comunicado final, que se convirtió en un comunicado simple de la presidencia. Los únicos balances positivos de partenariado euromediterráneo habían sido el establecimiento de una Asamblea Parlamentaria, la puesta en pie de la Fundación Anna Lindh para el diálogo entre culturas y la constitución de la Plataforma No Gubernamental de ONG de Euromed.

Los planteamientos y balances negativos anularon otras valoraciones más positivas y menos radicales, especialmente de quienes trataban de salvar la Cumbre y reanimar el Proceso de Barcelona. Estos sectores moderados intentaron resaltar determinados logros, subrayar que el discurso euromediterráneo continuaba en pie y que era la única institución en la que se sentaban juntos israelíes y palestinos. En cualquier caso la Cumbre quedó sentenciada por el peso de los titulares de la prensa, algunos de los cuales llegaron a anunciar que había sido un “fiasco”.

El Institut Europeu de la Mediterrània (IEmed), que se había convertido ya en lo que es hoy, uno de los think tanks estrellas de Cataluña, financiado por las tres administraciones y a la cabeza del cual se encontraba Andreu Claret, efectuó una encuesta entre 500 profesionales para tratar de conocer la opinión sobre el Proceso de Barcelona. El resultado fue un aprobado bajo; un 5,6 sobre 10, la visibilidad del proyecto había sido escasa, el 3,6 y el conocimiento del proyecto también poco, un 5,4. El Iemed quería conocer más y preguntaba también a los encuestados por culpa de que o de quien el Proceso de Barcelona había recibido una nota tan baja. El 70% de los encuestados dieron la culpa al conflicto de Oriente Medio, el 57% culparon a los países del sur del Mediterráneo por su lentitud en abordar las reformas estructurales necesarias, un 44% sin embargo culpó a Europa de haberse desentendido del proyecto y volcado en los países del Este, el 38% aseguró que el fracaso del proceso estaba motivado por los problemas mecánicos y metodológicos de los impulsores, 25% al terrorismo, el 21% por la falta de medios económicos y un 19% por culpa de la guerra de Irak.

Al margen del debate surgido a raíz de los fallos de la Cumbre Euromediterránea del 2005 lo cierto era que el proceso de democratización tan esperado no había funcionado en el sur del Mediterráneo, y que incluso algunos países habían sufrido un proceso de involución, motivado entre otras razones por los atentados de Nueva York del 11 de septiembre del 2001, el de Casablanca el 2003 y el del 11-M de Madrid el 2004, por el proceso desencadenado por Estados Unidos al declarar la “guerra contra el terror”, el chasco del proceso de paz en el conflicto israelo-palestino o el estallido de la Segunda Intifada el 2000. O sencillamente porque el “paradigma liberalización económica y comercial” como fórmula que debía conducir a la democratización y al respeto de los Derechos Humanos no había funcionado, ni puede en ningún caso funcionar, tal y como habían planeado los promotores del Proceso de Barcelona (4).

## La refundación del Proceso de Barcelona

El 7 de febrero del 2007, catorce meses después del desastre de la Cumbre Euromediterránea y sobre las cenizas aún calientes del Proceso de Barcelona, el

presidente francés Nicolás Sarkozy anunció en Toulon el lanzamiento de la Unión Mediterránea, liderado por Francia, al margen del marco de la Unión Europea, en el que participarían sólo los países ribereños a los que se sumarían Portugal, Jordania y Mauritania y ciertas instituciones como la Comisión Europea, el Banco Europeo de Inversiones, el Banco Islámico de Desarrollo, la Liga Árabe y la Unión del Magreb Árabe. Uno de los aspectos más novedosos del plan es que daría entrada a la empresa privada.

El proyecto anunciado por Sarkozy, dentro de la campaña electoral de las presidenciales había sido diseñado por uno de sus más íntimos consejeros Henri Guaiano, un alto funcionario que había participado en la campaña electoral de Jacques Chirac en 1988 y que había colaborado con otros destacados políticos de la derecha francesa, entre ellos Philippe Seguin y Charles Pasqua. Guaiano escribía los discursos de Sarkozy y le aportó a su ideario conceptos-choque polémicos entre los que destacó el debatido lema de “liquidación de Mayo del 68”. En este caso se trataba de un plan de partenariado en el Mediterráneo que quería llegar a ser el proyecto estrella de la política exterior de Sarkozy en el caso que llegara al Eliseo. La iniciativa, que servía de banderín de enganche de los sectores euroescépticos, podía convertirse en una amenaza mortal del Proceso de Barcelona y constituir un torpedo a la línea de flotación de la Unión Europea.

La propuesta de Sarkozy, a partir del momento en que el candidato ganó las elecciones presidenciales y se convirtió en un peligro real, desató las críticas de los países europeos y de la Comisión que pidieron aclaraciones, al tiempo que trataron de reconducir el proyecto francés, reclamar la participación de la Unión Europea y recordar además que el Proceso de Barcelona aún estaba vivo. Alemania, España e Italia capitanearon el sector crítico, retorcieron la propuesta de Sarkozy, hasta que consiguieron que en marzo del 2008 un cambio de nombre del proyecto (5). La diplomacia española logró así mantener el “sello Barcelona” y a partir de ese instante el proyecto se pasó a llamar “Proceso de Barcelona: Unión por el Mediterráneo”. El 13 de julio del 2008 se celebró la fastuosa Cumbre de París para el Mediterráneo, en la que se institucionalizó el proyecto, se acordaron dos copresidencias, en el norte Francia y Egipto en el sur, se estableció una Secretaría General y se produjo un relevo por el que la Unión por el Mediterráneo devenía a partir de aquel momento la continuación del Proceso de Barcelona (6).

España a partir de ese instante, en coordinación con las autoridades catalanas, inició una operación para que Barcelona se convirtiera en sede de la Secretaría General de la Unión por el Mediterráneo. La operación culminó con éxito en la reunión de Ministros de Asuntos Exteriores de Marsella del 3 y 4 de noviembre del 2008. La pugna fue enconada, pero la diplomacia española consiguió dejar en la cuneta a Marsella y Túnez, gracias a las gestiones del secretario de Estado para la Unión Europea, Diego López Garrido y de Política Exterior Ángel Losada.

La ciudad de Barcelona aporta a la capital del Mediterráneo el palacete de Pedralbes que es ya la sede de la Secretaría General, pero además el Ayuntamiento, Diputación y Generalitat han entregado como dote el recinto modernista del antiguo Hospital de Sant Pau declarado por la UNESCO Patrimonio de la Humanidad. El complejo compuesto por 20 pabellones, distribuidos en 13 hectáreas, ha empezado a ser remodelado en un programa que durara 8 años y tendrá un coste de 200 millones de euros (7). Los

edificios servirán de vivero de instituciones internacionales. La FAO, la Organización de Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, la Asociación de Cámaras de Comercio del Mediterráneo y la Universidad de Naciones Unidas han anunciado que abrirán una sede en este recinto. Barcelona consolidara con este proyecto su capitalidad del Mediterráneo.

## Notas

1.- Los lazos del gobierno de Cataluña con la monarquía alauita, se vieron consolidados en la recta final del mandato de Jordi Pujol como presidente de la Generalitat, cuando en el 2001, volvió a Marruecos, para entrevistarse esta vez con Mohamed VI en Tánger. Dos años después el proceso de acercamiento entre Cataluña y Marruecos culminaría con la apertura de la primera “embajada” catalana en Casablanca, poniendo al frente de la misma al líder de Esquerra Republicana de Catalunya, Àngel Colom. Por esa época los analistas políticos habían colocado ya el nombre de Jordi Pujol, en un lugar destacado del ranking de los amigos de Marruecos, al lado de Felipe González, Juan Goytisolo, José Miguel Zaldo, Jerónimo Saavedra o Máximo Cajal.

2.- El Institut Català de la Mediterrània daría un gran salto hacia delante a partir del año 2001 bajo su segundo presidente Andreu Claret, que había llegado a la organización aupado por el líder de Unió Democràtica de Catalunya, Josep Antoni Duran Lleida. El nuevo presidente del Institut inició un proceso de renovación, que regeneró y rescató la institución del ámbito estrictamente cultural, para llevarla al campo político y social. Claret venía del campo del periodismo y de la política. No en vano había sido responsable de los servicios para América Latina y África de la Agencia EFE, delegado de la misma agencia en Barcelona, portavoz del Partido Comunista, tras pasar por la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Autónoma donde ejerció como profesor.

Claret convirtió el Institut Català de la Mediterrània en Institut Europeu de la Mediterrània. Para llevar a término este cambio tuvo que vencer la resistencia de Pujol, que no veía con muy buenos ojos, como su Institut tan mimado perdía el calificativo de català en aras del europeu. Los argumentos de Claret eran contundentes, había que armonizar la organización con los nuevos aires políticos que habían empezado a soplar en ambas orillas del Mediterráneo y que promovieron dos grandes acontecimientos; primero en 1995 la Conferencia de Barcelona y segundo el Forum de las Culturas en 2004. Dos eslabones que posibilitaron que en 2009 la capital catalana fuera designada sede para la secretaria de la presidencia de la Unión por el Mediterráneo. El Iemed a partir de este momento se convirtió en un consorcio en el que coincidieron las tres Administraciones; el ayuntamiento, la Generalitat y el Ministerio de Asuntos Exteriores. La dinámica que Andreu Claret impuso en el Institut quedó frenada como consecuencia de la formación de un nuevo gobierno de la Generalitat, que convirtió su política exterior en un tema de controversia entre las fuerzas políticas, que configuraban el “tripartito”. La polémica que enfrentaba a socialistas con los nacionalistas de Esquerra Republicana, quedó zanjada por intervención del Ministerio de Asuntos Exteriores que impuso en la dirección del Institut un hombre de compromiso, un diplomático hábil; Senen Florensa.

3.- El Mediterráneo tras la Cumbre de Barcelona, la necesidad de una voluntad política ampliada de Eduard Soler i Lecha. Documento CIDOB Barcelona junio del 2006.

4.- El proceso de Barcelona 10 años de relaciones euromediterráneas, por Xavier Martí, ponencia leída el 16 de julio del 2006 en la Universitat de la Pau celebrada en Sant Cugat del Vallès.

5.- Proceso de Barcelona: Unión por el Mediterráneo. Génesis y evolución de Unión por el Mediterráneo. Eduardo Soler y Lecha. Documento CIDOB y Fundación Alternativas. Barcelona enero del 2008.

6.- La Cumbre de París se celebró en el Grand Palais en medio de un gran boato. Los tres días de reunión a la que asistieron representantes de 44 países costó en total 16.6 millones de euros. Los gastos fueron tan extraordinarios que fueron calificados de escandalosos por la prensa. La instalación de una ducha para el presidente francés en el palacio costó 245.000 euros. El gobierno francés, como presidente de turno de la Unión, en aquel semestre del 2008 se gastó en total 175 millones de euros, un millón de euros por día, según se desprende de un informe de la Comisión de Finanzas del Senado difundido el 2 de noviembre del 2009.

7.- El recinto del Sant Pau será un centro de la capitalidad Euromediterránea. Blanca Cia, El País 16 de enero 2009.